

Sólo un poeta que sabe por experiencia que los dones de la palabra son obra del viento, es capaz de inquietarnos con una descripción terrible y bella y, por eso mismo, humana:

*Y en la silenciosa biblioteca
Los pasos de la noche traen
rumores de leyenda,
Rumores que llegan hasta orillas del libro.
De regreso del asombro
Aún vibran palabras en sus
dedos memoriosos.*

[Biblioteca de ciegos, pág. 15]

De ahí entonces que la voz poética comparta la siguiente oración a santa Cecilia:

*Si la música es la luz de los ciegos,
Pon un poco de ritmo a mis palabras,
Que donde haya ruido suene un violín, una ocarina...*

[Letanía del musicante, pág. 57]

El corolario de esta humilde sabiduría puede advertirse en la precisión con que hace su ingreso el pragmatismo del poema que sería el álgar ego de aquel otro que da título al libro. Me refiero a *Retrato de Johannes, el nocturno*, cuya prédica no pertenece al reino de la oscuridad sino a la práctica diaria del lenguaje, a la ceremonia de amor y odio. En las palabras de este poema no hay atisbos de duda. Y sin embargo es la incertidumbre —otra vez la máscara de la noche— la que lo anima a expresar su milagrosa existencia. El poema recuerda —por su tono— *Una carta rumbo a Gales*, el más divulgado de J. M. Roca: “Me pregunta usted dulce señora/ Qué veo en estos días a este lado del mar./ Me habitan las calles de este país/ Para usted desconocido,/ Estas calles donde pasear es hacer un/ Largo viaje por la llaga...”. Pero el actual poema es más amargo todavía:

*Me hice enemigo de un país sin amigos
Y en los bordes de la acera vi la flor de la miseria.
Alguien me preguntaba por qué el sabor*

*De metal que hay en mis cantos.
Yo respondía con el sabor a herrumbre
Que nos deja un país de oscuras rejas.*

[Retrato de Johannes, el nocturno, págs. 50-51]

Esa existencia —diurna esta vez— será la de la poesía, llamada que vuelve a quienes aprendieron en ella, en ese cuerpo, a creer en los milagros.

EDGAR O'HARA

Nostálgico halo clasicista

Amantes y otros poemas

Jorge Gaitán Durán, Prólogo de Darío Jaramillo Agudelo, grabados de Juan Manuel Lugo

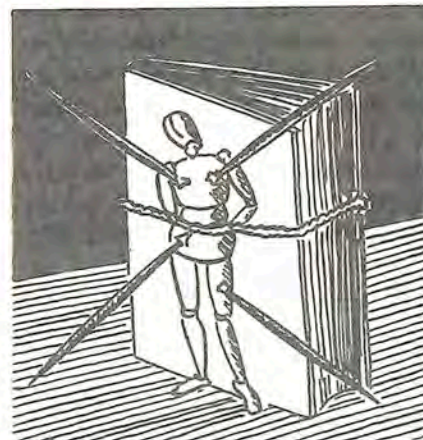
El Ancora Editores, Bogotá, 1989

Si la muerte por circunstancias violentas ha marcado de una forma definitiva e irreversible la historia de Colombia, con la literatura no lo ha sido menos. Escritores como José Asunción Silva, Carlos Obregón, Eduardo Cote Lamus, Gonzalo Arango, Jorge Gaitán Durán, nos lo confirman perentoriamente. Se podría aumentar la lista de “los muertos antes de tiempo”, pero este no es el asunto de esta reseña.

Los críticos coinciden en valorar estos dos libros que ahora se publican conjuntamente como lo más logrado de la obra de Gaitán Durán. Podemos decir sin ninguna exageración que es una espléndida ocasión para leer al poeta de *Los amantes* (1959) y de *Si mañana despierto* (1961); 37 poemas que congregan lo mejor de su obra, ya que sus anteriores libros —*Insistencia en la tristeza* (1946), *Presencia del hombre* (1947), *Asombro* (1951)— pueden ser considerados como preparatorios para sus dos grandes y densos y últimos libros de poemas.

Sin menoscabo de los grabados de Juan Manuel Lugo que se incluyen en este volumen, algunos de sus poemas nos recuerda por su nostálgico halo clasicista a Puvis de Chavanne (1824-1898), sobre todo en *Verano, uvas, río, Por la sombra del valle y Sé que estoy vivo* y al Matisse de las Pastorales. También la descarga erótica de *Amantes* tienen un paralelo con André Masson (1896-1987), el pintor francés que ilustró textos de Bataille, el *Martinica, encantadora de serpientes* de Breton, además de realizar entre muchas otras obras una serie de retratos sobre el Marqués de Sade. Quizás lo que más le distinga de los otros poetas de su generación sea la profunda convicción con la que escribió sus poemas. Gaitán hace de la poesía su experiencia más radical encontrando en el límite del alba, en el mediodía, en el combate de los cuerpos, los espacios preferidos de sus poemas.

Quienes le conocieron hablan de su altanería; el lector, cuyo único testimonio son sus escritos, advierte que esa energía sufre una transformación hacia la rudeza. La concisión de sus versos nos recuerda aquella advertencia de Rilke: “era un poeta y odiaba lo impreciso”. Sus poemas son como golpear en la mesa con un guante de acero, indicando que cada uno de ellos es una dura prueba, un acto de conocimiento.



Enfrascado como estaba en la intensa experiencia con las cosas, el lugar que más claramente se le abre como posibilidad para comprobarlo es el Instante. Si trazamos un mapa ima-

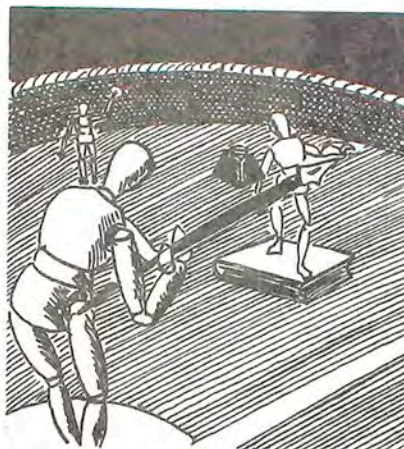
ginario los cuatro puntos cardinales de la poesía de Gaitán serían: el Instante, la Eternidad, el Cuerpo y la Muerte. En este juego de tensiones su palabra irá llenando las experiencias de sentido. La rebeldía que tuvo en vida le servirá para hallar en el Instante la palpitación de la vida, y en el sexo, la intensidad de la muerte. La necesidad de completarse y fundirse en otro cuerpo como manera de desentrañar la Eternidad parte de lo que Bataille llamaba el "inacabamiento":

"Un hombre se sabe inacabado, imagina de pronto el ser acabado, lo imagina verdadero. Dispone a partir de entonces no solo de lo acabado, sino también, por contraposición, de lo inacabado. Lo inacabado dependía hasta entonces de su impotencia, pero al disponer de lo acabado, el exceso de su poder libera en él el deseo de lo inacabado".

Esa aguda y dolorosa búsqueda por medio del instinto "quiere decir —en palabras de Guillermo Sucre— presencia del ser y del mundo". Es en este punto donde su obra se emparenta con la de Octavio Paz. Saúl Yurkievich señala en el escritor mexicano que el poema es "consagración del instante privilegiado que escapa a la corriente temporal... instante revelador de la otredad, salto a lo absoluto, epifanía, presencia del misterio cósmico, rescate de la unidad y de la plenitud primigenias, intermediario entre la conciencia y el mundo verdadero".

No podemos dejar de comparar algunos momentos de *Amantes* con el poema *Piedra de sol* del mexicano donde en el acto del amor se vislumbra "nuestra unidad perdida, el desamparo que es ser hombre, la gloria que es ser hombres y compartir el pan, el sol, la muerte, el olvidado asombro de estar vivos".

Asombro es sin duda la palabra más profunda de Gaitán, y no en vano llamó a uno de sus libros de esa manera.



El poeta insiste en varios poemas de "Si mañana despierto" en la canícula, esa otra hora extrema, ese momento de suspensión solar que obliga a los habitantes de las ciudades —y en este caso de Cúcuta— a resguardarse en los bares o en lo profundo de las casas para encontrar un poco de frescura. Aplacados por la presencia del sol aparece la siesta como el momento donde el cuerpo escapa, se abren los sentidos y captan el paso del tiempo en la fuente que "habla como la infancia".

Hablar de Gaitán Durán es también hablar de la muerte. El *Vengan cumplidas moscas* es según Alvaro Mutis "el poema a su propio cadáver". La muerte de Gaitán como profecía es indudable; lo interesante es observar cómo la había construido, cómo la había hecho suya, tal como pide Rilke en sus Cuadernos de Malte Laurids Brigge. Y para hablar de la muerte de Gaitán volvió a emplear la rebeldía para aprender con su presencia el misterio del hombre y porque sabía que "la conciencia de la nada asigna una nueva jerarquía al diario vivir" como afirma Andrés Holguín.

Poeta de límites, donde todo tiene un destello más acusado, como lo aprendió de los románticos, Gaitán podría compartir las palabras de Blanchot:

"¿Porqué la muerte? Por que es lo extremo. Quien dispone de ella dispone extremadamente de sí, está ligado a todo lo que puede, es integralmente poder".

Sin lugar a dudas la figura de Gaitán ha despertado y sigue despertando gran interés. Los que lo recuerdan lo hacen con una total entrega: Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, José Angel Valente, Juan Luis Panero, Eduardo Carranza, Carlos Martín, Fernando Charry Lara, etc.

Esperemos que algún día se reúna y se publique toda su correspondencia. Podremos encontrarnos con textos de Borges, Cernuda, Paz, entre tantos otros. Esperemos.

RAMÓN COTE BARAIBAR

La historia desde el mito

Hijos del tiempo

Raúl Gómez Jattin

Ediciones El Catalejo, Cartagena, 1989

"Sabe que ha envejecido mucho; lo siente y lo ve./ Y, sin embargo, el tiempo en que fue joven le parece ayer./ ¡Qué poco tiempo hace, qué poco tiempo!/ ...se burla ahora de su sensatez sin seso". Estos versos pertenecen al inolvidable poema titulado *Un viejo* de C. P. Cavafis, y su magia expresiva reside más allá de la anécdota, más allá de la exactitud de las palabras, más allá del dolor humano, en la posibilidad de condensar el tiempo que se ha escapado y que sigue fluyendo, traspasando un cuerpo que aún no logra reponerse del atropello, que aún no logra tomar conciencia de las cicatrices que le ha tatuado el tropel de los años.

Esta misma impresión es la que deja el último libro de poemas de Raúl Gómez Jattin titulado *Hijos del tiempo*; aquí el poema aparece como consumación del tiempo, saca de la memoria, o mejor, del olvido ciertos nombres: Homero, Miccerino, Sheherazada, Moctezuma, La Malinche, Aquiles, Li Po, reconstruyendo la historia vista desde el mito. Es otra propuesta, es la destrucción de un tiempo histórico y la recuperación de